

Siete cartas para la convivencia

Antanas Mockus (Visionarios por Colombia)

RESUMEN

Cartas dirigidas a cuasi-cumplidos, a los cumplidos, a los atajistas legales ("zanahorios"), a los atajistas ilegales, a los dolidos solidarios y a los hedonistas.

Palabras clave: ciudadanía, cultura, convivencia

ABSTRACT

Seven letters for a good citizenship.

Keywords: citizenship, culture, coexistence

Siete cartas para la convivencia

Antanas Mockus (Visionarios por Colombia)

Si usted es...	Lea además de la primera carta, la dirigida
Un ciudadano que por lo general logra cumplir con sus deberes pero de vez en cuando encuentra justificada una excepción	A los cuasi-cumplidos
Un ciudadano cumplidor de las normas y los acuerdos que no ve conflictos entre lo que recomienda la ley, la conciencia y las llamadas buenas costumbres	A los cumplidos
Un ciudadano al que le cuesta trabajo cumplir normas y acuerdos, le gana el afán de resultados de corto plazo, pero intenta y por lo general logra mantenerse dentro de la ley	A los atajistas legales (“zanahorios”)
Un ciudadano al que le cuesta trabajo cumplir normas y acuerdos, y tiende a vivir dentro del incumplimiento permanente de la ley	A los atajistas ilegales
Un ciudadano atrapado entre el deseo de hacer justicia por vejaciones sufridas en el pasado y el deseo de solidarizarse con otros que han sufrido injusticias similares o peores	A los dolidos solidarios
Un ciudadano capaz de escoger una vida más feliz, capaz de gozar sus deseos y sus placeres	A los hedonistas

Dirijo estas cartas a seis grupos de colombianos con una propuesta de agenda para cada uno de ellos. La última responde a una tendencia amplia a reconocer el placer como un motivo válido (hedonismo). Cada lector sabrá reconocerse en su grupo. Eventualmente alguno se sentirá en la frontera o en la intersección entre varios grupos.

1. Carta sobre la intención de estas cartas

La construcción de una identidad ciudadana ha permitido y puede permitir aún más ir decantando unas reglas compartidas por todos. En Bogotá, en particular, la comprensión y aceptación de reglas comunes y el sentido creciente de pertenencia se han reforzado mutuamente. Más gente se siente bogotana y, al mismo tiempo, en parte por causa de ese sentimiento, asume un comportamiento más responsable.

Algunos de estos aprendizajes también se han dado más allá de Bogotá. “Cultura ciudadana”, “gestión pública admirable”, “la vida es sagrada”, “todos ponen, todos toman”, “recursos públicos, recursos sagrados”, “no me pidas en privado lo que no me pedirías en público”, “construir sobre lo construido” y la constatación bastante simple de que “la ley no sólo se obedece por temor a la sanción” resumen hoy líneas de conducta que, nacidas durante nuestra gestión en Bogotá, se han ido abriendo paso, aunque sea de manera desigual, en la sociedad colombiana.

Sin embargo, nuestras posibilidades de cooperar y de construir colectivamente todavía siguen frenadas por un sistema de prejuicios pesimistas y de accesos de desconfianza y “mal-pensamiento” a los que no soy ajeno. Una y otra vez nos domina la suspicacia sobre las intenciones de los demás.

Por supuesto algunos comportamientos nefastos de algunos compatriotas han alcanzado notoria visibilidad en los medios y han contribuido, desafortunadamente, a sembrar una duda sobre todos los colombianos (a veces ante nuestros propios ojos). Incluso, aunque la mayoría no somos ni violentos, ni narcos, internacionalmente nuestra identidad fue marcada por unos años por una asimilación del colombiano al violento o al narcotraficante. Toda la riqueza de nuestra identidad cultural, toda la complejidad de nuestra historia corrió el peligro de ser negada al pretender ser capturado todo nuestro ser por esas dos o tres caricaturas.

Con estas cartas busco, entre otras cosas, hacer una invitación urgente a luchar contra esa usurpación y contra esa simplificación de nuestra identidad. La primera es esta introducción. Las cartas son varias, porque cada una va dirigida a un grupo, porque nosotros los colombianos, a pesar de lo mucho que tenemos en común, también somos diversos. Yo sólo tiendo a ver ciudadanos por todas partes. Pero hay matices. To-

dos somos ciudadanos en formación, aunque venimos de distintos lados.

Consciente de estar tal vez simplificando, para enviarles estas cartas he supuesto que los colombianos podemos agruparnos por cinco grupos de origen: los atajistas zanahorios¹, los atajistas ilegales, los dolidos que buscan transformar su dolor en solidaridad, los cuasi-cumplidos y los cumplidos. Además habrá carta a los hedonistas porque tal vez somos muchos los que vamos hacia una ética del placer (orientada por lo general hacia placeres zanahorios, pero al fin y al cabo placeres). Como he señalado, es natural que estas clasificaciones se crucen un poco y que algunos nos reconocamos al tiempo en varios de los grupos mencionados.

A cada grupo hay que comprenderlo cuanto sea posible en su manera de ser y de actuar. A cada grupo hay que invitarlo a imaginar cómo *algunos ajustes*, a veces pequeños, en sus *creencias* y en sus *patrones de comportamiento* podrían darle viabilidad al país.

La clasificación en atajistas, cuasi-cumplidos y cumplidos se inspira en resultados de un estudio sobre convivencia en jóvenes de noveno grado realizado con Jimmy Corzo, colega estadístico de la Universidad Nacional (2001-3). La otra matiza esta primera desarrollando lo que podrían llamarse variantes del cuasi-cumplimiento (gente que por razones “buenas” se permite a veces excepciones en el cumplimiento de acuerdos y leyes) y ayuda a mostrar lo tenue que es la frontera que a veces separa al atajista del cuasi-cumplido.

Conocer mecanismos y hábitos mentales que casi siempre dejamos actuar sin darnos cuenta puede ayudar a seguir derrumbando al sistema de actitudes y prejuicios mutuos: en Bogotá, por ejemplo, se avanzó mucho en no responder con violencia a violencia y en no engañar “preventivamente” al otro antes de que nos engañe.

2. Carta a los atajistas zanahorios

Proverbialmente los colombianos somos recursivos. Yo mismo en cierta etapa de la vida he sido técnica e institucionalmente recursivo más allá de la necesaria medida. Somos ingeniosos a la hora de rebuscar cómo cumplir los objetivos, cómo alcanzar la meta, cómo sacar la tarea adelante. Muchas veces cogemos por atajos, aunque por lo general sean legales, zanahorios. Y tarde o temprano casi siempre pagamos caros los asombrosos éxitos que así logramos.

Atajista es la caja de cartón improvisada como maleta que hace quince años hacía reconocible a un colombiano en cualquier aeropuerto del planeta. El atajista no se vara. Y hasta pareciera tener cierta razón en su despre-

¹ Recordamos que en Colombia se usa el adjetivo “zanahorio” para describir a personas comedidas en sus comportamientos, personas que prefieren no incurrir en excesos.

cio por la opinión ajena. Pero luego, a veces al día siguiente, a veces con el tiempo, nuestra inventiva inteligencia paga costosas cuentas: la reparación improvisada nos desvara en la carretera, pero luego obliga a cambiar partes del vehículo muy valiosas; la amistad providencial nos ayuda a superar un escollo, pero luego se nos vuelve una pesada cuenta; o la herramienta que de por vida queda inservible o defectuosa, cargando con la huella del único día en que recibió un uso inadecuado.

Tomar por el atajo es privilegiar el resultado, es escoger los medios y los métodos sólo de cara al corto plazo. Implica desentenderse de las consecuencias de largo plazo. Desentenderse también, y mucho, de las consecuencias para la gente más distinta, más lejana. Centrarse en los aquí presentes y despreciar a los distantes. Ignorar o devaluar la memoria. Y ser ciegos ante el futuro.

A veces hasta implica desentenderse de lo ya entendido, des-comprender lo comprendido (lo cual para algunos autores como Alain Badiou constituye la mayor inmoralidad imaginable).

En algún sentido, la economía de mercado promueve ambas cosas: la permanente innovación en cuanto a los métodos y cierto desprecio por el futuro más lejano. ¿Cuánto vale un negocio? En Colombia vale lo que valen, traídos a valor presente, sus ingresos libres de los próximos veinte años. Lo que suceda en el año 21 es literalmente despreciable por lo alta la tasa de descuento usada para traer los ingresos futuros a valor presente.

La Constitución, las leyes, los ambientalistas y la conciencia nos protegen muchísimas veces de la tentación atajista. Sin embargo, también es cierto que hoy ya no sólo a los príncipes se los educa en el famoso “el fin justifica los medios”. A pesar de esto, es asombrosa la cantidad de gente que día a día no acepta el “todo vale”, que día a día no se va por el más corto de los caminos.

Otro ejemplo. La utilización a lo largo de cuarenta años de materias primas venenosas durante el proceso de producción, que en el producto terminado ya no representan peligro alguno, ha puesto a una persona muy cercana en manos de una pérdida de sus glóbulos blancos que podría ser irreversible. A través de nuestras imprudencias, su escultura cerámica logró los mejores azules del cobalto y del cobre, los mejores pardos del hierro y del manganeso. *Sabíamos que el minio, el óxido rojo de plomo, era muy dañino.* Pero nos decíamos que si uno es quien asume el peligro y si uno no se lo hace correr a nadie más....

Los atajistas, zanahorios o no, nos abrogamos el derecho de arriesgar nuestro pellejo. Y tal derecho no existe, no está reconocido. Sociedades como la inglesa todavía en 1952 castigaban, al suicida fallido con dos años de cárcel, y al suicida exitoso con la negativa a recibir sus despojos en el cementerio común. ¿Quién de nosotros no conoce a buenos soldados que

no consideran necesario usar la indispensable careta? ¿Quién no conoce al menos a un accidentado que no tomó oportunamente medidas de elemental prudencia que previamente conocía? ¿A quién de nosotros no nos ha puesto la vida a considerar como intolerables descuidos que nos parecían nimiedades cuando éramos nosotros los que los cometíamos?

Muchas carreteras colombianas llevan hoy la marca de los peatones atropellados, una estrella en forma de cruz, por iniciativa fundamentalmente del Fondo de Prevención Vial: a las aseguradoras y a la mayor parte del capital nacional les interesa combatir la cultura del atajo. Parte del capital nacional ya comprende las pavorosas desventajas de la cultura del atajo.

Vamos aprendiendo todos, a veces de manera dolorosa y costosa, que por altruismo, o también por egoísmo consecuente, conviene anticipar y evitar o mitigar las consecuencias más remotas. Ojo: aquí no hay ninguna oposición a la innovación. Todo lo contrario: la innovación despliega todo su potencial si aprendemos a adelantarla dentro de los límites de la cancha social, límites que además, a través de procesos democráticos, también vamos pudiendo perfeccionar. La innovación implica cada vez más voluntad de responsabilizarse por todos los efectos, de corto y de largo plazo, sobre personas cercanas y conocidas, pero también sobre las más lejanas. Algo muy distinto del todo vale. Los atajistas son (somos) los antepasados de los inventores. Propongo encausarnos hacia la invención.

3. Carta a los atajistas ilegales

Reconozcamos, para comenzar, que atajistas zanahorios y atajistas ilegales tenemos mucho en común. Unos y otros estamos dispuestos a innovar, a encontrar nuevas vías y nuevos métodos, para lograr nuestros fines. Y la mayoría de nuestros fines, casi todos, son nobles o por lo menos lícitos. Y muchas veces es precisamente la fuerza moral del bien perseguido la que inclina la balanza a favor de métodos poco ortodoxos.

Con frecuencia nos apabulla la convicción de que no había otra vía. A veces nos gana la incapacidad de aceptar la frustración o el aplazamiento. Cuando para salir adelante violamos la ley incurrimos en claros riesgos jurídicos. Muchos atajistas ilegales se condenan, si no a la huida permanente frente a la persecución judicial, si por lo menos al temor constante de ser descubiertos. También se condenan a tener que afrontar la censura sincera, intensa, de quienes –tal vez por haber tenido más oportunidades o por haber sido más inflexibles en sus restricciones– no toman el atajo.

Pero más temible que el castigo de la ley, que puede tomar años en llegar y que por eso parece tan lejano al comienzo, y más temible que el castigo de la censura social, es el tormento de la propia conciencia. Con

todos los adelantos farmacéuticos de la humanidad, todavía no se vende la pastilla anti-culpa. Y si se vendiera, la sola idea de tomarla seguramente precipitaría ya sentimientos de culpa (el ejemplo de la pastilla anti-culpa ha sido propuesto por Jon Elster en varios de sus libros).

¿Cómo combatimos la culpa? Nos echamos cuentos. Primero que todo a nosotros mismos (contrario a lo que se dice, salvo para conciencias muy atormentadas, casi siempre es más fácil engañarse que engañar a los demás). Luego también se los repetimos a la ley y a la sociedad. Los cuentos casi siempre son *fue-ques* que bien poco aguantan el experimento mental elemental de imaginar qué pasaría si todos los que pudieran usar la misma disculpa la usaran.

En una palabra, ustedes –los atajistas ilegales– viven con mucha más intensidad los dilemas del atajo. La anestesia de los *fueques* no tiene un efecto permanente. Tampoco se le puede desear a alguien una sordera progresiva ante la voz de su conciencia. De tal modo que, si bien muchas acciones infames se cometen por metas nobles, es aún más noble fijarse metas más altas por las cuales a veces bien valga la pena “sacrificar” metas más bajas.

Una opción para quienes han explorado estos dramas es compartir su aprendizaje, enseñar, comunicar lo comprendido. La autoridad pedagógica puede ser un sustituto humanamente muy satisfactorio de la autoridad otorgada por las armas o el dinero. La economía ilegal es rentable pero ¿quiere usted vivir con miedo? Al recordar las metas más altas, lo razonable sería preferir no intercambiar vida por plata (por la vía del riesgo de perderla o de hacerla perder). Por muchas razones tener individualmente o compartir en grupos metas más altas vale la pena, aunque nos pueda hacer y a veces nos haga temporalmente más frágiles.

Una consideración especial amerita la justificación frecuente del “sacrificio”, un sacrificio transitorio, normalmente por una sola generación. “Para que mis hijos puedan llevar una vida honrada...” o “para que mis hijos puedan vivir en una sociedad justa”, la persona justifica deshonestidades o injusticias violentas. Superar ese tipo de inconsistencias no es nada fácil. Es la tragedia de una generosidad ilusoria: *hago por ti, unilateralmente, lo que en conversación sincera entre los dos hubiéramos considerado inaceptable*. Hago por ti lo que en discusión libre abierta con gente desprevenida nunca hubiera sido aceptado. Hago por ti lo que en ninguna discusión libre con los afectados ellos hubieran aceptado. ¡Cuántas confesiones de conciencias atormentadas esperan que llegue el momento para contar su lección!

A un profesor amigo le debo no haber tomado el atajo violento. Me enseñó que la radicalidad podía acompañarse de paciencia, medida y autorregulación en cuanto a los medios empleados. Para él, la presentación de la obra de teatro El placer de la honestidad de Luigi Pirandello fue tremendamente inspiradora. Curiosamente, también lo fue para quienes le escuchamos simplemente la mención y tal vez lo resulte siendo para el lector. Las emociones compartidas generan vínculos (a nosotros nos bastó oír el título y el suspiro del maestro al decir “Todos los que vimos esa obra de teatro...”).

Las emociones nos “mueven” (no hay inteligencia sin ellas). Un par de palabras muestran etimológicamente una oposición sugestiva: negligencia y re-ligión. Re-ligare es vincular: los vínculos pueden ser cuidados o descuidados. Re-ligare es también interpretar, releer. Aprender a dar más que recibir facilita mucho conectar los deberes (externos e internos) con los derechos. En ello, la satisfacción íntima y el reconocimiento tienen enorme importancia. Deber viene de deuda. Lo justo está en el equilibrio.

Recuadro resumen de una discusión con el maestro Federici y su grupo.

Muchas veces un atajista ilegal no se ve conducido a sopesar los dos lados de una terrible balanza: por un lado, beneficios inmediatos que parecen fáciles y muchas veces “se necesitan” y, por el otro, costos y riesgos, no sólo ante la justicia oficial sino ante la informal (la llamada justicia privada). La justicia informal opera sin garantías, muchas veces sin apelación, en manos de personas fuera de la ley (que bien pueden ser antiguos cómplices hoy convertidos en competidores). Lo fácil te embarca hacia lo insostenible y lo irreversible. Si simplemente sacaras cuentas de lo que vale tu vida, de lo que vale tu libertad...

Sin embargo, los atajistas ilegales, al menos los jóvenes (estudiados en Bogotá con Jimmy Corzo en *Cumplir para convivir*) manifestaban intolerancia, por ejemplo frente a tener enfermos de SIDA en su vecindario.

Lo bueno de la exacerbación reciente de la violencia y de la ilegalidad es que nos obliga a una relación reflexiva con al atajismo ilegal: no sólo no podemos darnos el lujo de ignorarlo o de vivirlo irreflexivamente; ahora no podemos sino decidir y actuar consecuentemente sobre esa tendencia, sobre todo el cúmulo de creencias, actitudes y comportamientos que ella arrastra consigo. A versión tan grave de la enfermedad corresponde la absoluta necesidad de buscarle remedio. Y parte crucial del éxito está en la colaboración del propio paciente. Si los narcos comprenden, el camino será mucho más fácil. Si los otros colombianos que acuden a la violencia lo hacen, aportarán también.

Sin embargo, nadie puede lograr por la pura fuerza que el otro comprenda. La invitación a la comprensión se da, casi siempre, entre seres libres que no aceptamos estar presos de nuestras circunstancias. La situación se puede componer también a punta de confianza y buena voluntad.

4. Carta a los dolidos que buscan transformar su dolor en solidaridad

Apreciados conciudadanos: su camino en muchos aspectos ha sido el de mi generación. Hay personas sensibles a la injusticia, tanto a la que sufrimos como a la que sufren los otros. Lo que nos sucede, vejaciones y frustraciones, pero sobre todo la carencia de un reconocimiento justo a nuestros méritos puede ser una fuente terrible de resentimiento personal. Pero pronto descubrimos que rebelarnos solamente por nuestro dolor particular es moralmente menos atractivo que hacerlo por el de los demás. Cuando uno ha sido víctima, se resiente. Cuando otros son víctimas, uno se indigna. Resentirse o indignarse son ambos sentimientos morales que orientan a la acción, a la reparación, a la justicia y a la prevención de nuevas injusticias similares. Sin embargo, por la generosidad que conlleva sufrir por otros, la indignación es algo más noble que el resentimiento.

En Colombia, Guillermo Hoyos ha venido sosteniendo la importancia de pasar de sentimientos morales a principios morales y, para ello, comenzar por aprender a argumentar, a dar razones y motivos en moral y ética.

Parte del atractivo del marxismo para generaciones como la nuestra, como lo ha mostrado Norbert Elias, fue el acoger en el marco de una visión sistemática de la sociedad, elaborada incluso con pretensiones de rigor científico, resentimientos muy diversos que encontraban allí la ocasión de convertirse en indignación y, aún más, en esperanza, en promesa de transformación. Incluso, a pesar de su fragmentación, el marxismo ofrecía argumentos y guías para la acción colectiva. A quienes nos dolía la condición de las minorías, o de las mujeres, o la irresponsabilidad ambiental, o la dureza (o la inoperancia) del sistema educativo, o a quienes descubrimos la crudeza de la competencia y al mismo tiempo la precariedad aún peor de los favores y los amiguismos premodernos, a quienes el Estado nos trataba irrespetuosamente en más de una ocasión, el marxismo nos ofreció una interpretación global y una clara invitación a la acción. Las publicaciones marxistas (que alcanzaron a interesarme mucho) y las organizaciones (a las que para bien o para mal nunca me atreví a pertenecer) catalizaban miles de dolores particulares diversos en una única dirección: la solidaridad con los explotados, obreros y campesinos, y la hostilidad a la economía de mercado. Así se incubaron alianzas entre sectores de la población altamente educados y sectores altamente maltratados por las transiciones econó-

micas. Se produjeron, especialmente dentro del sindicalismo, todo tipo de paradojas en la combinación de intereses gremiales e intereses marxistas. A veces la lucha por la solidaridad general pretendía desarrollarse a través de la simple suma de luchas reivindicativas particulares. También a veces, como sucedió con el movimiento pedagógico reconocido e impulsado por FECODE, las organizaciones, aún las sindicales, tenían una visión suficiente para luchar por fines generales, como la calidad de la educación para cada niño y niña en el país.

A pesar de las advertencias de filósofos como Foucault de que no hay un poder, sino muchos poderes, la sana transformación del dolor propio en solidaridad con los demás se transformó para algunos en una obsesión: la “toma del poder”. Como si existiera un lugar mágico desde el cual todas las relaciones económicas y sociales pudieran ser transformadas y los ideales de la justicia implantados. La realidad es otra: los poderes se han diversificado, la sociedad se ha especializado en muchos campos, no hay una pirámide sino centenares, el mejor en un campo es una bestia en otros. Las herramientas de intervención son cada vez más potentes y al mismo tiempo más especializadas. Y casi todo cambio cuesta y la distribución de esos costos es un terreno casi inevitable de pequeños conflictos. No se puede hacer todo al tiempo y se vuelve una pregunta acuciante quién fija las prioridades de acción e inversión: ¿las comunidades? ¿La sociedad civil organizada? ¿Los dirigentes como colectivo? ¿Algunos dirigentes?

La búsqueda a toda costa de un poder central mitificado se complicó terriblemente cuando de manera casi simultánea (sin que sea fácil establecer quién “empezó”) algunos colombianos jugaron a alterar con violencia los caminos o los resultados posibles de la democracia y otros le apostaron a la construcción de atajos violentos en el camino hacia el poder central. Al fin y al cabo, quién no ha visto una película de guerra donde estar del lado justo no sólo justifica la violencia contra los otros sino que hace de esa violencia y de sus resultados una clara experiencia de goce.

Bendito el odio que se ha sabido transformar en solidaridad. Aunque la solidaridad demande toda una artesanía y no dependa solamente de las intenciones. Maldita la más noble causa cuando en su nombre la solidaridad deja de ser solidaridad con todo ser humano y se vuelve solidaridad sólo con el propio bando.

Descubramos todas y todos que todas y todos hacemos parte de una misma humanidad.

5. Carta a los cumplidos

Ya he sido acusado, con algo de razón, por admirarlos y defenderlos más de la cuenta. De verdad, una y otra vez ustedes, los cumplidos, me han

permitido recuperar mi confianza en la vida y en los seres humanos. Además ustedes ayudan algo más que los demás a que las cosas salgan bien. Donde hay cumplimiento baja la violencia y aumenta la eficiencia. La vida en sociedad, la tarea conjunta, se vuelven más previsibles y por ello más acogedoras. Los que están a tu alrededor pueden confiar a ciegas en que les cumplirás los acuerdos y con gratitud ellos te corresponderán también cumpliendo sus acuerdos.

La investigación sobre jóvenes en Bogotá muestra a los cumplidos como reparadores de acuerdos, cumplidores de los acuerdos y las normas. Ley, costumbre y conciencia los orientan de manera armónica, sin conflictos. Hay un porcentaje de cumplidos cercano al 30% bastante parejo en los distintos tipos de colegio, en los distintos estratos y en hogares de diverso nivel educativo. La mayor diferencia es entre hombres (24% son cumplidos) y mujeres (35% lo son).

No justifican copiar ni dejar copiar en los exámenes, reconocen cuándo hay confianza en los acuerdos y se sienten buenos para celebrar y cumplir acuerdos. Ilustran claramente que los acuerdos no son un remedio para el incumplimiento de normas sociales y legales. Por el contrario, el alto cumplimiento de normas legales y sociales y el respeto a los mandatos de la propia conciencia *facilitan* la celebración, el cumplimiento y la reparación de los acuerdos. No por ser “conformistas” todo queda definido conforme a normas. Al cumplido le pasa en la vida lo que le pasa al músico que ya domina la técnica: ahora puede escoger dentro de un repertorio más grande de opciones y en cada escogencia puede dedicarse a introducir más matices creativos.

Incumplir les genera pena y culpa, lo cual es fundamental. Pero, y aquí empiezan algunas limitaciones, ellos a su vez no se esfuerzan por hacerle sentir vergüenza o culpa a quienes les incumplen. Algunos de los cumplidos son un poco rígidos, inflexibles en sus convicciones. No cambian fácilmente de idea, ni siquiera en presencia de argumentos fuertes. Los cumplidos son tolerantes. Por decirlo de alguna manera, aportan unilateralmente a la convivencia.

Los cumplidos manifiestan que saben reconocer cuándo han celebrado un acuerdo y, al celebrar acuerdos, saben reconocer si lo acordado quedó claro para las partes. Les queda fácil distinguir cuando alguien cumple un acuerdo, darse cuenta si el acuerdo fue libre y voluntario y si cada parte tiene claras las obligaciones que adquirió.

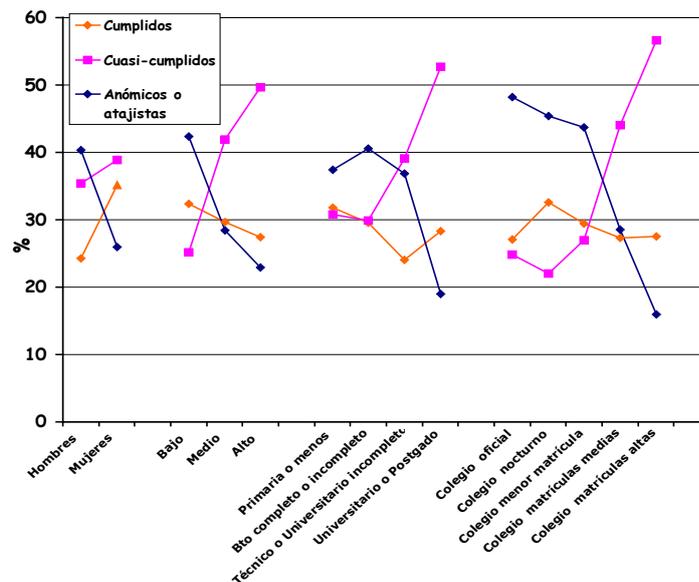
Si les incumplen, invitan al incumplido a examinar y a asumir las consecuencias, a dialogar, le piden explicaciones y buscan un nuevo acuerdo. Cuando son los cumplidos los que incumplen, siempre llegan a un nuevo acuerdo, compensan los perjuicios causados y explican por qué no cumplieron. El respeto a los acuerdos es aun más estricto con

personas cercanas (superior, un familiar o a un colega o a un amigo).

Los cumplidos no justifican portar armas con salvoconducto, o evadir impuestos o conducir embriagados. Siempre actúan conforme a la ley. Una pregunta crucial es si se justifica desobedecer la ley cuando es la única manera de alcanzar los objetivos. Muy especialmente en el rechazo a la primacía de los resultados, los cumplidos están en las antípodas de los atajistas ilegales. En efecto, los cumplidos en su mayoría no justifican violar la ley aún si es la única alternativa para lograr el objetivo. En cambio, la mayoría (el 77%) de los jóvenes anómicos, aquí llamados atajistas ilegales, sí lo justifican.

Los cumplidos responden por lo general que siempre actúan conforme a su conciencia. Pero también que están dispuestos a aceptar el castigo cuando desobedecen la ley y aunque su conciencia haya aprobado esa desobediencia. Consideran que sería bueno que hubiera mayor respeto por la autoridad (95% de los cumplidos, 82% en la muestra total de 1451 jóvenes). En su mayoría no justifican conducir embriagados, no justifican el porte de armas sin salvoconducto y no justifican responder a la violencia con violencia.

A los cumplidos, les deberíamos expresar entre todos mucha admiración. Además de pedirles que sigan siéndolo, deberíamos invitarlos a confiar más en la discusión pública, en la transformación permanente de las leyes y, en general, a participar en procesos colectivos de “zanahorización”. Todos tenemos remedio y todos, al menos en alguna época, y más tal vez en relación con unas personas que con otras, hemos sido correctos, cumplidos.



6. Carta a los cuasi-cumplidos

Ser cuasi-cumplido significa actuar con criterio, acatando casi siempre las normas y los acuerdos, reparándolos cuando uno o cuando los demás los incumplen y haciendo las pocas excepciones que fueren del caso. Un estudio en Bogotá mostró cómo dos tercios de los jóvenes de colegio privado de matrícula alta eran clasificables como cuasi-cumplidos. Buenos niveles de educación en la familia también predisponen hacia el cuasi-cumplimiento.

Platón a mitad de su camino vital seguía prefiriendo someterse al criterio ilustrado de un gobernante muy educado a la sujeción a leyes escritas. Sin embargo, al final de su vida prefería, dadas las limitaciones del conocimiento humano, que los gobiernos se ajustaran a leyes y proponía que las leyes se acompañaran de un proceso educativo cuidadosamente diseñado y que estuviera a prueba, hasta donde fuera posible, de las eventuales debilidades humanas.

¿Qué sabemos o reconstruimos o imaginamos sobre las justificaciones que se dan (o que nos damos) los cuasi-cumplidos para nuestras excepciones al cumplimiento de acuerdos o normas legales? ¿Cómo los cuasi-cumplidos responden al vértigo de la pregunta sobre qué pasaría si los demás también se permitieran incumplir? Posiblemente la mayor parte de los cuasi-cumplidos establecerían un filtro para las justificaciones. Una de las justificaciones más frágiles estaría por el lado de una “cuota” de desobediencia a la que tendríamos los que por lo general cumplimos derecho. Otra, aunque sea la obvia desde el punto de vista de los intereses, que sopesaría simplemente la unidad de cumplir versus la utilidad de incumplir, sería devastadora por sus consecuencias sobre la confianza (imaginémosnos que de alguien se pueda afirmar “cumple mientras no le convenga más incumplir”). Hay por igual justificaciones que involucran razones morales, razones “nobles”: pocos dejarían de violar un semáforo si de ello dependiera salvar la vida de alguien. O, mejor ejemplo, pocos dejarían de robar un medicamento vital, urgentemente requerido para un ser querido (¿y por qué no para un desconocido?).

La actitud discrecional no puede generalizarse. O tal vez sí en ciertos temas. Por ejemplo en la vida privada, protegida por el derecho a la intimidad. Sin embargo cada vez hay más control social y control jurídico también sobre lo que pasa en esa esfera. Ello le pone límites a lo que las partes pueden acordar. Sin embargo es claro que un campo muy amplio de decisiones y de acuerdos escapa a cualquier control jurídico porque la ley misma lo prevé así.

Al incumplir acuerdos, los jóvenes cuasi-cumplidos sienten culpa, mas no pena (a diferencia de los cumplidos que sienten ambas). Las reglas

culturales aparentemente pesan menos sobre el cuasi-cumplido. También es cierto que buena parte de los cuasi-cumplidos pueden en sus respuestas (casi siempre, casi nunca) estar satisfaciendo un criterio de verdad exigente y haciendo un uso riguroso de los cuantificadores *siempre y nunca*.

¿Qué puede hacer el cuasi-cumplido para que los atajistas ilegales no se “recuesten” en su comportamiento y no hagan un uso oportunista de sus disculpas? Tal discusión es parte principal de lo que llamamos “la ecología” entre los distintos grupos. A eso valdrá la pena dedicarle otra mirada.

A los cuasi-cumplidos nos toca cuidarnos mucho de dos extremos: la soberbia moral que nos puede llevar a asumir posiciones y acciones que nos acercarán a las de los atajistas ilegales o a la soberbia moral que inspira al violento por solidaridad. Porque nos ronda la resignación a privilegiar los resultados, a buscar lograrlos a cualquier costo. O porque nuestra solidaridad encarna ideales tan puros que pueden aparecer santificando la utilización de cualquier medio.

Una alternativa que tiene ante sí el cuasi-cumplido y también los demás, aunque en grado menor, es elaborar las tensiones que encuentra entre ley y moral por la vía de la argumentación pública, sometida a validación por parte de terceros, o por la vía de la negociación privada, más riesgosa, menos propicia para la eficiencia y la equidad y, en algunos casos, afortunadamente impracticable.

A muchos de los cuasi-cumplidos debemos admirarles su no-dogmatismo y su disposición a buscar comprender antes de juzgar.

7. Carta a los hedonistas (que lo vamos siendo muchos)

Del deber al placer. Así cabría resumir la mayor transformación moral de nuestra época. Ya empiezan a reflejarlo los propios hábitos de crianza, en la familia y en la educación temprana. No hay que callar, hay que comunicar mucho. Y desde temprano la autocontención cede su lugar a la manifestación, a la expresión. “No te dejes guardado nada” parece ser la regla. Prohibido romper la comunicación. Y a ese costo, el de poder defenderlo ante los demás, que viva el placer.

Esta manifiesta mayor tolerancia por el deseo, el placer y sus expresiones tampoco se da gratuita. Su otra cara es la mayor responsabilidad. Responsabilidad por lo que le pueda pasar a los involucrados y afectados, ya sea en su materialidad ya sea en sus vínculos, ya sea en su interioridad. Busque el placer pero dentro de cauces sostenibles y defendibles parece ser el lema de nuestra época. Para conocer las consecuencias y escogerlas evitando unas y logrando otras necesitamos cada vez más conocimiento. De ahí la maravillosa democratización contemporánea de la educación.

Aunque es cierto que en parte la reorientación hedónica se liga a la

promoción del consumo, la naturaleza simbólicamente elaborada de los deseos y placeres humanos hace que el hedonismo contribuya a formar y explorar nuevas necesidades humanas. Posibles necesidades de muy diverso y novedoso carácter emergen de una sociedad donde la autosatisfacción y el reconocimiento cultural se han convertido en motores legítimos de la conducta humana. Y han sido reconocidos como tales.

Los colombianos estamos asimilando esta mutación cultural hedónico-pragmática. No queremos hacer resistencia civil por ejemplo sólo por sentido del deber. Queremos encontrar allí placer. Responder con construcción a la destrucción ha sido por ejemplo un placer. Cantar, a más de cien voces, como se hizo el domingo 30 de noviembre del 2003 el artículo 11 de la Constitución nacional fue un placer.

Por distintos lados, durante un largo tiempo, las emociones fueron algo que había que controlar y algo que había que callar. Sin embargo, éste silenciamiento de las emociones, no puede anular su importancia. En palabras de Jon Elster al final de su *Alquimias de la mente*, “de la manera más simple, las emociones importan porque si no las tuviéramos nada más importaría”. Pero además las emociones ya no sólo parecen la trampa que va a sorprender nuestra racionalidad. Son también fuente de compromiso con el largo plazo.

Sobre todo cuando son emociones compartidas, las emociones dan lugar a compromisos, o los consolidan. Los seres humanos, en el contexto de la mutación hedónico-pragmática, nos asumimos como animales capaces de emoción.

Obvio que la guerra genera mucha adrenalina. Pero la preferimos en las pantallas. Aunque a algunos, tal vez con razón, ese gusto nos dé culpa y vergüenza.

Tal vez una de las razones por las que somos atajistas (zanahorios o ilegales) es el despliegue frontal mundial del hedonismo y sus necesarios compañeros de ruta, el pragmatismo y la sociedad del conocimiento. Pero también nuestro atajismo genera problemas cuando no hemos asumido esa mutación completa. Queremos guiarnos por el placer pero sin detenernos a pensar en todas las secuelas, para nosotros y para los demás, en el corto y en el largo plazo.

Lo destructivo no es pues el hedonismo, sino su mezcla con irresponsabilidad. Platón nunca peleó frontalmente con los hedonistas de su época. Simplemente los invitaba a cualificar su gusto y a evaluar lo que con el paso del tiempo le sucedía a muchos deseos y a muchos placeres.

Cualificar los hedonismos fue también, durante siglos, la opción de la vertiente mística de las religiones, en contraposición a la vertiente ascética basada en la disciplina y el autocontrol.

Habría que pensar todos en cómo ponerle fin a la guerra desde una

siete cartas para la convivencia
Antanas Mockus

afirmación y una reivindicación del placer. A pesar de sus equívocos y peligrosos placeres, que los tiene, la guerra genera de lejos más sufrimiento que placer. Podríamos ayudar a reconocer que la guerra tiende a ser culturalmente obsoleta. Sí, a pesar de sus pavorosos atractivos, la guerra será algún día totalmente obsoleta. Por lo pronto hay que salir de ella y como lo estimó un alto oficial del ejército colombiano en un taller celebrado a mediados del 2008, saldremos de la guerra en un 40% por presión social, 30% por presión militar y 30% por negociación.